

Fleco de autovías

PIPE CAMBRA

*Horas demasiado lentas,
días demasiado rápidos.*

José Saramago

El barrio es un fleco de autovías, un atardecer de bloques redondos que se defienden del norte. Dentro de los edificios hay un patio por el que pasa el que sale o entra de las casas, decenas de familias se observan entre sí. Los vecinos son marginados, se les dio un piso pero se les ha apartado del corazón de la ciudad. El barrio es de paracaidistas sociales, hay emigrantes del norte de África (moros), del centro de África (negros), gitanos, indios de América, blancos de América, eslavos, asiáticos, la población es mayormente de unas razas distintas al resto de la ciudad. No existe todavía una vida propia en el barrio, la gente está disgregada en otras partes de la ciudad, no existe un centro de salud, ni escuela, ni parque, no hay tiendas. Muy cerca de los bloques redondos hay un hipermercado, que es el mayor divertimento de los vecinos, la solución a todos los consumos y al ocio.

En este barrio, que se llama Rueda, las horas son lentas, lo que a uno le cuesta hacer fuera de él una hora, en este sitio tarda el doble de tiempo. Cuesta mucho esfuerzo que transcurran los minutos, es como si las horas fueran cajas con más capacidad.

El tiempo no es oro sino plomo, por tanto la población de este barrio, en general se aburre mogollón, los días son muy largos. Es un alivio para ellos salir de Rueda, un sociólogo ha escrito que mejorando las infraestructuras del barrio, las horas serán igual para ellos, el tiempo es una enfermedad que parasita a los marginados. Los ricos no sienten las horas, la vida es ligera, grata para ellos. En Rueda el tiempo es una peste, que envejece a las personas. Los que pasean por los barrios de clase media de la ciudad no saben que muy cerca de ellos hay un gentío que es más feo por culpa de la pobreza. Los hongos de las horas son de difícil exterminio, eso explica que los ruedinos (por ponerles un gentilicio) estén sentados tantas horas en la cama, mirando el río del tiempo o que se sienten a espiar a los vecinos, es por distraerse. Es muy

complicado ser disciplinado con el ocio, los ruedinos salen a gastar su tiempo más que su dinero, como si fuera gasolina y tuvieran que hacer trayectos con el coche para divertirse, realmente es por no quedarse en su casa, dan voltillos por el centro de la ciudad para protegerse del tiempo. Están en una espera permanente, desocupados. Los burgueses, los obreros se preguntan por qué hay tantos negros, gitanos, asiáticos en mi barrio, no saben que es por la lentitud de las horas, tienen miedo de esa multitud que anda por la calle como en manifestación, pasando la tarde.

—Les hemos dado unos pisos para vivir, que se vayan allí, dicen en sus conversaciones. Nos da miedo esa marea de marginados moviéndose a nuestro alrededor.

El racismo, otra vez, al que habrá que encontrar una cura. Los ruedinos desean hacer una revolución sólo por el tiempo, les gustaría ser burgueses o proletarios, no tener horas tontas, algunos entran en los jardines de las mansiones y duermen a la intemperie, por liberarse del no saber qué hacer, otros se acuestan en los bancos de algunas calles o en cualquier resguardo del centro de la ciudad, en un portal, por ejemplo. Se levantan y van a trabajar, porque muchos de ellos currelan, siempre con contratos de poca duración, en la construcción o en el campo.

El verano es la temporada preferida de los ruedinos, la ciudad es menos crespá, está adornada con sus flores rojas y está casi vacía, ellos se convierten en la mayoría de la población. Muchos de ellos ocupan las casas de los burgueses, rompen los cristales de las ventanas o amenazan a los propietarios. El verano es muy bruto en Rueda, la temperatura les impide dormir y todo lo ven con ojos de murciélago, tumbados en la cama están sin fuerza para nada.

Otros se van a su país, claro, son parte de la caravana que va por la Nacional 1 hacia el sur. Las vacaciones son un chorrito de disolvente sobre las horas.

El tiempo tiene una medida, que la pobreza estira. Un periódico de la ciudad cree que los ruedinos son sangre revolucionaria que debe correr por todos los barrios y propone derribar Rueda, porque está rebosante de ideología, es irre recuperable. En la radio alguno ha pedido que se endurezca la Ley de Extranjería y que así se irían fuera del país muchos que ahora se aburren. Otro le ha contestado que los derechos de las personas son anteriores a su lugar de procedencia, la discusión ha sido larga pero han hablado desinhibidos, los oyentes han visto las lanzas del racismo.

Tienen tiempo, tienen ocio. En Rueda hay un pliegue del tiempo, éste ralentiza los minutos, como un ordenador que no escribiera instantáneamente las palabras que hemos pulsado. Fuera de Rueda, las horas no son todas lisas, una clase de Derecho Romano para algunos es plomo. La lucha social ha afectado a la constante de los segundos, la velocidad real y la psíquica del tiempo, por fin, se respetan. Hace unas semanas que funciona en el barrio un laboratorio para estudiar el ritmo apagado de las horas. Un grupo de vecinos ha pedido una indemnización al gobierno, pero hasta que no se tenga un estudio fiable del paso del tiempo no tiene apoyo la denuncia. Hubo un chaval que dijo que una película de cien minutos, él la vio en doscientos, si esto se pudiera demostrar todos saldrían ganando, significaría que el tiempo es un globo hinchable. Sería como si el dios del tiempo hiciera una excepción con

el barrio de Rueda. Esto ha creado muchas expectativas en el gentío que se ven a sí mismos como los elegidos por un poder sobrenatural.

Los científicos, cuando vuelven a sus casas después de trabajar dicen que todo les pasa más rápido al salir de Rueda, es una sensación pero ellos actúan en contra de sus impresiones. Es asqueroso el ambiente milagrero y supersticioso que hay en el barrio esperando la prueba que salga del laboratorio, la ciencia se mueve tan despacio, que nada ha confirmado.

Hemos puesto un reloj en nuestro pecho, como los jefes de una tribu se cuelgan un despertador cuando conocen a los colonizadores, intuimos el paso de los segundos. Tenemos un cálculo del tiempo pero en Rueda estaríamos raros.

– ¿Qué hora es?

– Las x menos x (las ocho menos veinte de la tarde/noche, por ejemplo)

Después de un rato de ansiedad volveríamos a preguntar.

– ¿Son ya las nueve?

– No, falta un cuarto de hora.

Se entiende que los ruedinos prefieran unos campos de cereal en vez de las autovías, desde cualquier ventana se pueden contar más de treinta semáforos. Todo esto les hace nacer dentro el veneno lento y criminal del sentimentalismo.

Algunas tardes, cuando veo a la gente del barrio sentada en los bancos del patio, a la fresca de la primera hora de la noche, parece como si estuvieran resignados a la lentitud de la vida, sin defensas. Se puede pensar que esto de la lentitud de los minutos es una neurosis colectiva, no creo.

Las horas están en los tejados de los edificios redondos como cuervos, ¿Sabíais que la palabra Cronos viene de cuervo?, hay muchos pajarracos quietos ensombreciendo el barrio, sin atacar a las personas. Los habitantes de Rueda disparan a los cuervos pero vuelven.

Los cuervos del racismo sí atacan a los ruedinos, el barrio es un gueto dentro de la ciudad. Hay que abandonar Rueda, sus habitantes se tienen que hacer solubles en la ciudad. El asunto de las horas es un rasgo más de la pobreza.

Cada hora en Rueda es un paquete que les da el dios del tiempo y que lo abren con mala gana.

No es sencilla la inserción de los inmigrantes en la ciudad, parece como si unos humanos nos oliéramos mal a otros, habrá que acostumbrarse a que no somos todos blanquitos.

Las habitaciones de los ruedinos son pequeñas como camarotes, en ese ocio muchos ordenan sus habitaciones, escriben cartas o ven la tele. Los días cuando se repiten son más rápidos por muy lentas que sean las horas. La rutina es una gran maquinaria que actúa sin apretar ningún botón.

Las horas se secan cada ciento veinte minutos, las horas nos impiden ver el bosque de la vida. Rueda está dentro de una burbuja invisible de goma, Rueda está dentro de una lágrima de la que huyen sus moradores por sentirse en el mundo, las nimiedades en ese barrio se cuentan como una larga narrativa. Si uno habla por teléfono con un habitante de Rueda nota que esa persona está en la órbita de la tristeza, en un viaje absurdo en el que a pesar de todo uno puede sonreír.

No es saludable entrar en la burbuja invisible, si a uno no le queda más remedio que ir a ese barrio, que vaya pero sabiendo que necesita coraje, es como un enorme hospital.

En Rueda viven muchos niños, no se les ve, salen del barrio, imitan a los mayores, cogen el autobús y van al campo a jugar al béisbol, a hacer cabañas y fumar entre los fardos de paja, a tirar piedras a los gatos con las bicis, a morrrearse en una tarde con horas de velocidad media, fuera de la autoridad casi religiosa de sus familias, que creen en el Corán, el Nuevo Testamento o el mensaje de Lao-Tsé.

El barrio tiene sus fiestas el día de San Miguel, el 29 de septiembre, hay muchas vaquillas y verbenas en el patio redondo; no hay una mezcla completa entre los vecinos, los ecuatorianos están con los ecuatorianos, los chinos con los chinos y siempre la misma fórmula. En el barrio se conocen todos, a ése le han operado de una hernia, aquel lleva un año en el paro, ésa es una rata, que no gasta dinero. El sol es morado en Rueda, como si estuvieran protegidos por un dios trágico y hermoso, una asociación de vecinos del barrio ha colgado la bandera pirata en varios balcones.

El Ayuntamiento ha previsto construir más casas, porque siguen llegando a la ciudad inmigrantes en trenes negros, crece la amenaza para el resto de la ciudad porque se oye la palpitación revolucionaria, y se pondrán en marcha hacia el centro, su destino es disolverse en la sociedad o guerrear.

BIO-BIBLIOGRAFÍA

Pipe Cambra nació en Pamplona en 1968. Estudió Derecho. Su vocación es la literatura y espera que sea su oficio.

Ha publicado dos novelas: *Peregrinos futuristas*, 1997, y *Pensión de luz y dolor*, 1998. Es premio “Francisco Ynduráin de las Letras para Escritores Jóvenes”, en su edición de 1998.

Participa en el Aula de Literatura de la Casa de la Juventud de Pamplona y publica artículos en diversas revistas locales.